

LANTZ-EKO IHAUTERIA

EL CARNAVAL DE LANZ



Lantz-eko Udala (Nafarroa)

Ayuntamiento de Lanz (Navarra)

SARRERA
INTRODUCCIÓN

En la Villa de Lantz, situada entre los valles de Ultzama y Anue, se ha conservado hasta nuestros días una curiosa fiesta de Carnaval, que ha adquirido en los últimos tiempos gran popularidad gracias a su singularidad e interés folklórico. Coincidiendo con la fecha de su celebración, numerosas personas se dirigen a este Ayuntamiento solicitando información acerca de su origen, desarrollo, significación, etc. Es precisamente la necesidad de satisfacer esta demanda el objetivo del presente trabajo, bastante más extenso y completo que el publicado el año pasado con idéntico motivo.

Muchos kilos de papel se han empleado en el intento de hallar una explicación a “*El Carnaval de Lantz-Lantzeko Ihauteria*”, famoso por su remoto pasado y pintorescos personajes. No va a ser éste, desde luego, un estudio que de con la clave para desentrañar el complicado y misterioso origen de esta manifestación cultural. El mérito –si lo tiene- radica en la labor de conjunción que en todo momento se ha tratado de conseguir, aunando en un mismo estudio las diversas opiniones y teorías que personas mucho más cualificadas que quien escribe estas líneas han dado sobre el origen e interpretación del Carnaval. Quien quiera llegar al fondo de la cuestión deberá partir necesariamente de esta base. Pero, ¿no es su misterioso origen y significado lo que da interés a la ancestral farsa de Lantz?.

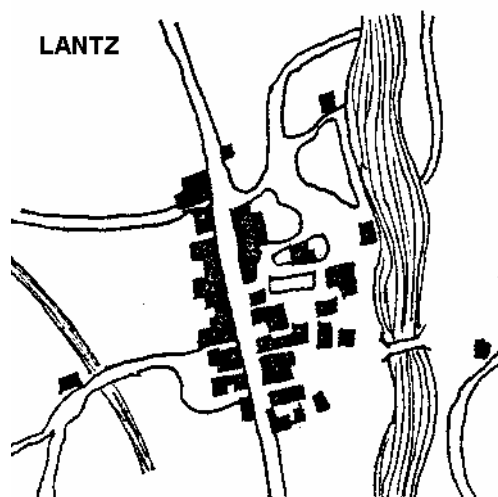
Se tratará en primer lugar el contenido histórico, geográfico y cultural que envuelve al Carnaval. Todo ello nos ayudará a situarnos y, por otra parte, aportará elementos imprescindibles para comprenderlo y, en el mejor de los casos, interpretarlo. El desarrollo de la farsa será relatado paso a paso seguidamente. Para terminar y en base a teorías de prestigiosos historiadores y etnólogos, se intentará descubrir el significado de sus componentes y del Carnaval en su conjunto.

Peio Joseba Monteano Sorbet
Febrero 1982

II. LANTZEKO GEOGRAFI ETA HISTORIAZ ZIRRIMARRAK

BREVES APUNTES SOBRE GEOGRAFIA E HISTORIA DE LANZ

Tras 25 kilómetros por la carretera general Pamplona-Irún y tomando un ramal de 2,3 kilómetros, llegamos a Lantz, una típica villa vasca que descansa en un pequeño valle rodeado de un paisaje accidentado, con el Galtzárritz, Otaño y Aierdi como telón de fondo, todos ellos cubiertos de hayas y robles. Sólo por donde discurre actualmente la carretera es terreno llano, con numerosos prados que nos descubren la actividad principal de la villa. El río Mediano, los arroyos que corren en todos sentidos y las blancas casas salpicando las laderas y la amplia llanura central, ofrecen un conjunto muy pintoresco y de grata impresión para el turista.



Plano de la villa de Lantz (circa 1918)

Lantz, que limita con Aldude, Baztan, Ultzama y Anue, se nos presenta con una configuración característica consistente en líneas generales, en una larga calle entorno a la cual se alienan en ambos lados casonas blancas, muy cuidadas, que se ajustan a los cánones arquitectónicos del país: planta baja o cuadra, intermedia o vivienda y alta o granero. La villa posee, asimismo, una sólida iglesia bajo la advocación de los santos Cornelio y Cipriano, un frontón y la posada (*ostatua*) que, como veremos, tiene cierto protagonismo en el Carnaval.

De la Prehistoria quedan en Lantz restos como el túmulo de Argineta y los dólmenes de Harriurdineta y Agineta (I y II). Ya en tiempos históricos, la cueva-sima de Aierdi IV fue objeto de explotación minera por parte de los romanos, quienes extraían cobre, hierro y cuarzo. Pero será en la Edad Media cuando tendremos noticias fidedignas de Lantz. Efectivamente, en 1264 Teobaldo II de Champaña, rey de Navarra, dio a los francos que entonces la habitaban el mismo fuero de que disfrutaban los francos de San Cernin de Pamplona, otorgado a estos últimos por Alfonso el Batallador. En realidad se trataba del Fuero de Jaca y consistía, en líneas generales, en “*que no pagasen peaje, ni lezta en todo el reino; que sus apelaciones fuesen directamente ante el rey; que moliesen en molino propio; que cada casa pagase tres sueldos anuales de pecha el día de San Miguel*” y otras muchas concesiones. Se trataba de

unos privilegios con los que nuestros monarcas favorecían el asentamiento de francos y judíos (artesanos y comerciantes), y que en muchas ocasiones exasperaban los ánimos de la población autóctona. En virtud de ese fuero, Lantz tuvo asiento en las Cortes de Navarra durante la Edad Media. En 1405 sus pechas pertenecían por mitades al rey y al Monasterio de Roncesvalles y en 1442 sufrió un devastador incendio.

Todo esto, pese a parecer tan lejano, tiene repercusiones hoy en día. Su configuración urbana se ve afectada por la condición ostentada en el medievo de villa de paso y frontera. No hay que olvidar que antes de construirse la actual carretera (finales del siglo XIX) atravesaba Lantz la gran calzada que, por Baztan, unía a la capital con las fronteras más septentrionales del viejo Reino de Navarra, en torno a la cual se aglutinan las casas, dando esa característica (aunque no privativa) morfología a la villa que ya describimos anteriormente. Otra consecuencia del fuero es su independencia administrativa que perdura hasta nuestros días y que más tarde comentaremos.

Van pasando los años y en 1512 (fecha de la conquista de Navarra) posiblemente Lantz o sus alrededores fueron escenario de la derrota infringida por los guipuscoanos a las tropas de Juan III de Labrit que, tras fracasar en el intento de recuperar su reino, se batían en retirada por Belate. En 1688 es nombrado el primer alcalde de Lantz del que tenemos noticias, Juan de Perusantzena, y en 1730 se elaboran las ordenanzas municipales. Finalmente, en una rápida mirada al siglo XIX, vemos a Lantz inmiscuida en la política navarra de la época (Guerra Realista, guerras Carlistas, etc.) sirviendo, además, de escenario para bandidos y contrabandistas.

Como se ha dicho repetidas veces, Lantz es, desde el punto de vista morfológico, una calle inconfundible con casas pegadas a ambos lados, sin que por ello pierdan su individualidad. Prueba de ello es que estas casonas poseen nombre propio transmitido de generación en generación, de padres a hijos, como ligado al apellido, al linaje (Juangorena, Lerderena, Maizterrena, etc). Por su estilo y arquitectura pertenecen a finales del siglo XVII o primera mitad del XVIII, es decir, a una época en la que la influencia navarra en la Corte fue grandísima. Periodo por otra parte caracterizado por el afán que mueve a emigrantes navarros –también vizcaínos, guipuzcoanos y vascofranceses— enriquecidos en ultramar de restaurar sus viejas casas troncales. Estas casonas, basadas en un estilo nuevo, amplio y majestuoso, contrastan con las sombrías siluetas de las antiguas torres de linaje y con los caseríos hechos poco antes de madera en gran parte.

La influencia del vecino valle de Baztan se advierte principalmente en los blasones ajedrecados, con la sirena de Bertitz, etc. Incrustados en las fachadas de las casas. Desde esas frías paredes nos miran extrañas y horrendas caras enigmáticas, muy a tono con el ambiente de superstición, mezcla de lo religioso y lo pagano, tan íntimamente ligados en el País Vasco. Tallas como éstas pueden hallarse en muchos pueblos vascos colocadas en las portadas y contrafuegos, sin que se sepa que significan o representan. No obstante, se les atribuye un carácter protector de las casas y de quienes las habitan contra la acción de cualquier hechizo, mal de ojo, en una época en que éstos eran comúnmente temidos. Este carácter supersticioso es muy importante a la hora de entender EL CARNAVAL DE LANZ.

El hecho de que Lantz va disminuyendo de población es tristemente evidente. Este mal, que no es privativo de la villa pues se extiende como una plaga por la Navarra rural, va remitiendo poco a poco hasta nuestros días, en los que la situación tiende a estabilizarse. El panorama actual es el resultado de un periodo de emigración hacia la Cuenca de Pamplona,

zona industrial que absorbe a la mitad de los navarros. Para hacerse una idea de la caída demográfica baste decir que en 1366 contaba con 20 casas y 100 habitantes; eran 47 casas y 314 almas en 1802. Si bien la Guerra de la Independencia no quebró el ascenso demográfico, sí lo hizo la Primera Guerra Carlista; de 70 casas y 383 vecinos que tenía en 1826, pasó a tener en 1847, 67 casas y 367 vecinos. Agonizando el siglo, en 1880, contaba con 294 habitantes, que eran 341 en 1900. Este ascenso de finales de la centuria se vio truncado por la emigración, pues los 299 vecinos de 1912 pasaron a ser 294 en 1920, 275 en 1950 y 215 en 1964. Actualmente (1982) habitan en la villa 151 vecinos.

Este movimiento regresivo se debe tanto a la emigración campo-ciudad como a las guerras., causa directa de despoblamiento. No hay que olvidar que Lantz, así como la mayor parte del País Vasco, es zona de operaciones y campo de batalla y gran parte de su población – por no decir toda— era carlista. Los muertos en combate o por secuelas de la guerra, la emigración política o no, las crisis económicas consiguientes, el descenso de la natalidad, etc. hicieron de Navarra la provincia vasca más afectada por las Guerras Carlistas.

Lantz ha sido lingüísticamente hablando hasta hace bien poco una villa vascoparlante, es decir, “la lengua preferida es la milenaria de Aitor”, el euskera. Ya en el primer cuarto de siglo se consideraba a Olagüe como primer núcleo fuerte de habla vasca. A partir de la Segunda Guerra Carlista (1873-1876) y en especial durante los últimos años, el límite del euskera ha seguido retrocediendo. La nula potenciación, sumada a la represión de la cultura vasca, ha hecho que, lo que en un principio fue la desvasquización de la zona de Pamplona, llegase alarmantemente a poner en peligro la pervivencia de la lengua autóctona en unos pueblos donde cuenta con una innegable y profunda tradición. Afortunadamente el retroceso parece haberse frenado, al menos aparentemente, ante el impulso que en los últimos años ha recibido el intento de recuperar nuestro pasado, nuestras tradiciones, nuestra lengua e historia. Y digo aparentemente pues, aunque en teoría y según el príncipe Bonaparte en Lantz se habla el dialecto alto-navarro, éste es conocido y usado solamente por personas en edad madura.

Como ya he dicho antes, Lantz se rige con independencia administrativa del Valle de Anue, al que pertenece sólo geográficamente. Únicamente el Secretario municipal es común a ambos municipios. Esa autonomía, un tanto sorprendente en una población tan pequeña, ha surgido del fuero.

A efectos económicos diremos que sus habitantes se dedican a la agricultura y, muy especialmente, a la ganadería, cuyas labores se compaginan en casos con trabajos en las escasas industrias de la zona. La ganadería, muy pujante y a la que se dedican grandes prados, comprende el vacuno (razas frisona y pirenaica), ovino, porcino y otros animales de corral. En la producción de leche y explotación forestal (hayas y robles) se encuentran las principales fuentes de riqueza.

Todo lo anteriormente dicho y expuesto nos permite afirmar, con Julio Caro Baroja, que “*Lantz es un típico pueblo vasco-navarro, acaso el primer pueblo montañés yendo de sur a norte*”.

III. LANTZEKO LAPURRAK

LOS BANDIDOS DE LANTZ

En nuestro viejo reino, aunque parezca extraño, han abundado mucho los bandidos. San León, allá por el siglo IX, alude a los “bandidos vascones” cuyo idioma no comprendía. La Montaña, por la espesura de sus bosques y lo agreste de su paisaje, se prestaba a servir de guarida idónea para los malhechores, que en algunos casos como en Lantz, llegaron a mitificarse.

En los primeros años del pasado siglo, el áspero y frondoso puerto de Belate fue escenario de una de las historias de bandidos más curiosas y extrañas donde se dio el caso de los guardias-bandidos (1).

Los bandidos, que fueron cuatro, estaban capitaneados por el “guardiano”, figura similar al sargento de la Guardia Civil de nuestros días. Estaban encargados de perseguir a los salteadores y guardar los caminos de la Montaña, muy importantes en Lantz como hemos dicho.

Estos guardianos, después de acompañar a los viajeros, les salían al paso, convenientemente disfrazados y enmascarados, y los desvalijaban. Durante el día se dedicaban al carboneo, pero con la llegada de la noche se vestían el uniforme, se echaban la carabina al hombro y se dedicaban a saltar. En más de una ocasión recibían denuncias de sus propias rapiñas y fingían salir en persecución de los criminales.

Todo el que andaba con dinero encima desde Ultzama a Baztán podía darse por robado.

Una noche, cuando un aldeano de Lantz regresaba de Pamplona, fue interceptado por los bandidos cerca de Etxaide, quienes, tras quitarle cuanto llevaba lo ataron a un árbol junto a otros tres infelices que habían corrido la misma suerte. Los bandidos huyeron. El viejo, horas después, logró librarse de las ligaduras y cuando llegó a Lantz sus agresores se encontraban en la posada, donde habían cenado abundantemente a costa de él y de los otros.

Lo más curioso del caso es que en Lantz se sabía la verdadera identidad de los bandidos, pero era tal el temor que les infundían que todos se reservaban su convencimiento. Se explica este terror y esta mudez porque los criminales eran hombres feroces, sanguinarios y decididos. Del Guardián se cuenta que tenía tan buena puntería que, con los rudimentarios e imprecisos fusiles de chispa de aquellos tiempos, atravesaba una moneda lanzada al aire.

Una noche, en lo más alto de Belate, asaltaron a una mujer embarazada, quien debió reconocerles o trató de gritar. El caso es que la apuñalaron y, malherida, la despeñaron por una mina de las canteras de Almandoz. Y como la infeliz siguiese dando ayes y lamentos, arrojaron peñascos al fondo de la sima, hasta acallar sus gritos.

Pasado mucho tiempo, la gente comenzó a librarse de su natural miedo y a reaccionar. Un hombre de Anotzibar (el amo de la casa Salbatorena) reunió una partida armada y una noche logró sorprender en pleno monte a los bandoleros. Cuando se disponía a detener al Guardiano, éste le dijo con toda naturalidad y calma que si daba un paso más era hombre muerto. El otro hizo ademán de adelantarse y una descarga lo tumbó para siempre.

Los bandidos cayeron por fin delatados por uno de ellos que, por haber faltado a una batida, fue excluido en el reparto del botín y prometió vengarse. Para otros el denunciante fue un vecino de Lizaso. En cualquier caso, lo cierto es que un día, cuando estaban jugando al mus tranquilamente en la posada de Lantz (hay quien dice que en Venta Quemada, en Belate) les echaron el alto y se entregaron sin resistencia.

A cuatro de ellos los ahorcaron en Pamplona. Al quinto, por tratarse de un mozo de 18 años, le pusieron la soga al cuello y presenció la ejecución de los demás. En el cuaderno de memorias de un seminarista de aquel tiempo, llamado José Miguel Gorráiz, hay una nota que dice: “*El día 4 de diciembre de 1818 fueron ajusticiados en la horca tres hermanos y un cuñado, todos cuatro del lugar de Lantz*”.

Los bandidos de Lantz murieron todos cristianamente y desde lo alto del patíbulo dirigieron la palabra a la multitud. Achacaron la culpa de sus crímenes a la “*falta de ilustración*”. Uno de ellos aconsejó a los aldeanos que no dejaran de tener perros en los caseríos. Confesó que a ellos siempre les contuvo el ladrido de un perro “*y eso –añadió– que no éramos cobardes*”.

Hasta la hora de su muerte alardearon de valor y murieron con gran entereza. Cuando el cuarto de los bandidos fue colgado, se alzó entre la multitud que presenciaba la ejecución un rumor similar al de aplausos. No eran aplausos, sino las bofetadas que los padres proporcionaban en ese instante a sus pequeños para que no olvidasen nunca lo que habían visto y les sirviese de lección eterna.

Descuartizaron sus cadáveres y repartieron sus pedazos por los lugares de sus crímenes principales. La cabeza de uno de ellos estuvo expuesta en Anotzibar, en la fuente de Angiliturri. La de otro en la fuente de Ganbo (Lantz) y diferentes restos en el puerto de Belate, en la mina de Almandoz y otros parajes transitados.

Al cabo de los años, el recuerdo de los bandidos adquirió un aire legendario y los ciegos entonaban por las aldeas las coplas de sus crímenes. Un párroco de Lantz escribió acerca de ellos un romance con moraleja. Por la Montaña queda un recuerdo muy lejano y borroso de otro bandido, muy anterior a todos éstos. De uno al que llaman Miel Otxin y del que dicen se excedió a todos sus congéneres en crueldad y sadismo. También en la zona de Belate actuaron otros bandidos como Txitxos o el Cura de Eltso, cuya historia no incluyo por no extenderme en el tema.

IV. IHAUTERIA

EL CARNAVAL

Carnaval “moderno” y carnaval “vasco”

Lantz es famoso por dos motivos distintos que el pueblo ha fundido en un mismo suceso: los salteadores de caminos y el Carnaval. Respecto a este último y antes de anda, hemos de diferenciar entre lo que podríamos llamar “carnaval moderno” y “carnaval vasco”. El primero tiene su origen en una fiesta romana y ha dado lugar al carnaval urbano que es hoy por hoy el más extendido por ciudades y pueblos. El “carnaval vasco” es el carnaval rural que, aun coincidiendo su celebración en las mismas fechas, tiene un carácter mitológico y ancestral, apareciendo en el País Vasco como la viva estampa de nuestro pasado. También está claro que ambos carnavales no se han ignorado mutuamente a lo largo de la Historia, pues tienen muchos puntos en común. Pero no adelantemos acontecimientos. Este punto será tratado posteriormente.

Historia del Carnaval de Lantz

Ya hemos analizado a grandes rasgos la historia de Lantz. Pero su carnaval tiene historia propia.

En el pueblo de Iraizotz (Ultzama) quisieron imitar, en los albores del siglo, la farsa de Lantz, pero introduciendo la originalidad de dar vida al gigantón, encarnándolo en la persona de un vecino llamado Francisco Olano. Llegada la hora de la ejecución y cuando el vecino esperaba “morir” con un tiro de pólvora, recibió un cartuchazo con todas las de la ley. De este modo terminó la farsa de Iraizotz que, comprensiblemente, no se volvió a repetir.

En los años veinte, el Carnaval de Lantz tenía ya cierta fama en la Montaña. Posteriormente y a raíz de estudios como los de la escritora miss Videt Alford, adquirieron reputación en medios filklóricos y etnográficos. Con la llegada de la guerra civil, el Carnaval se suprimió, corriendo de este modo igual suerte que otros muchos.

Años después, en 1944, dos estudiosos navarros, José Esteban Uranga y José M^a Iribarren, consiguieron que la prohibición se levantase, con lo que el Carnaval volvió a celebrarse con toda exactitud de detalles. En 1964, esta vez a petición del prestigioso erudito vasco Julio Caro Baroja, se volvió a permitir su celebración. El resurgimiento del Carnaval de Lantz fue posible gracias a la colaboración de hombres maduros y viejos que posibilitaron el representarlo “*al estilo de los antepasados*”. Lo cierto es que actualmente “El Carnaval de Lantz-Lantzeko Ihauteria” es, junto con los de Ituren y Zubieta, el más famoso del País Vasco y así, lo que hace no muchos años era una fiesta exclusiva para los del pueblo, se ha convertido en foco de atracción para los miles de personas que, de Navarra y Guipúzcoa principalmente, acuden a presenciarlo. Se calcula que son más de cinco mil personas las que visitan Lantz con

ocasión del Carnaval, cifra importante si tenemos en cuenta lo limitado de la población autóctona (150 habitantes) y las fechas de celebración (lunes y martes).

Económicamente el panorama no es tan halagüeño. Verdad es que el Ayuntamiento de Lantz recibe subvenciones de la Diputación Foral (Institución Príncipe de Viana) y del Ministerio de Cultura, pero no lo es menos el hecho de que los gastos son bastante superiores.

Desarrollo del Carnaval

Aunque el Carnaval se celebra el lunes y el martes anteriores a Miércoles de Ceniza, los disfraces han de ser preparados meticulosamente días antes. Ello no quita para que, en algunos casos, se improvise el disfraz el mismo día del Carnaval. La labor de conjunción y coordinación del vestuario la llevan a cabo los “mayordomos” nombrados al efecto. Prendas femeninas (telas, faldas, mantones, etc) y pieles de diversos animales (vacas, ovejas, jabalíes, zorros y algún que otro corzo) servirán para componer los estrafalarios disfraces que se guardarán hasta el día de Carnaval.

Así, con el caer de la tarde pre-carnavalesca del sábado, crecen los ánimos y nervios. Los mozos inician un recorrido por las casas de la villa, en donde reciben de las manos de las amas huevos, longanizas –*txistor* en euskera— y otras cosas de cerdo. Posteriormente y con el fruto de la cuestación, se celebra por la noche una cena en la posada, seguida de un baile que dura hasta la madrugada. Este baile es fundamentalmente para hombres que al son del acordeón ensayan el *zortziko*.

De este modo llegamos al domingo, día, por otra parte, importante, pues es cuando tradicionalmente se construye la gran máscara, el gigante protagonista o actor principal. Varios mozos y hombres maduros se reúnen de mañana en el desván de la posada para fabricar el gigante. El proceso de construcción es el siguiente: por la bifurcación de una horquilla hecha con un árbol joven o una rama, se meten unos pantalones azules, de los que se usan para el trabajo, rellenándolos de heno hasta que queden bien nivelados. La misma operación se realiza por la parte no bifurcada. Acto seguido se aparejan las manos sostenidas por una vara horizontal que las atraviesa. Colocados los pantalones y la camisa, se le calzan al gigante unas botas de monte y se le ponen guantes, cortándose seguidamente los trozos de vara u horquilla que sobresalen.

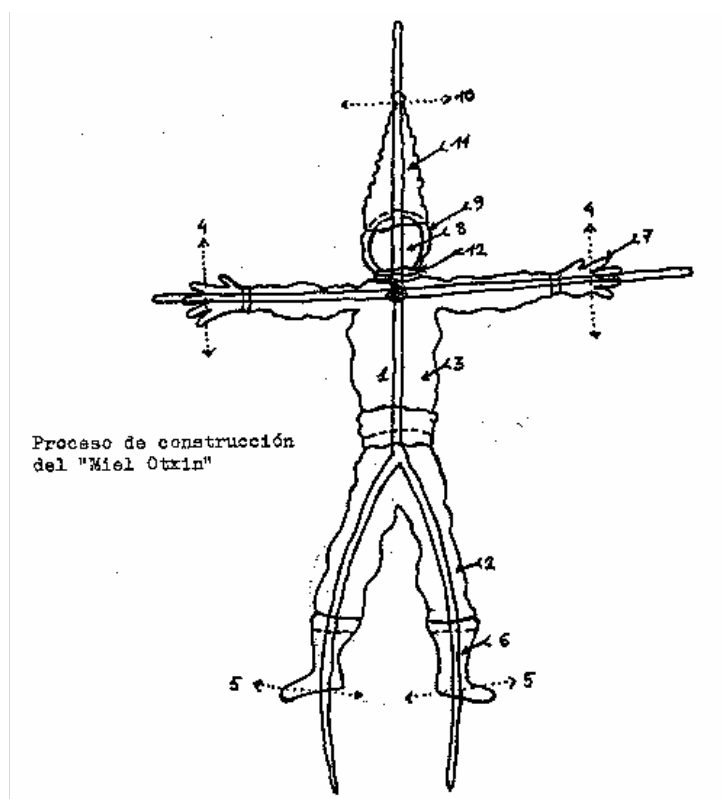
Con un montón de heno apelmazado que se rodea con un pañuelo y se le pone una careta, se hace la cabeza. Antiguamente se hacía también dibujando el heno al descubierto. Una vez asegurada la cabeza se le pone encima un gorro a modo de cucurucho forrado con papeles de colores. La construcción del gigante finaliza al ceñirle una faja colorada por la cintura.

En tiempos se solía colocar de un extremo a otro de los brazos una banda de tela con la inscripción “vivan los mozos de Lanz”.

Esta fiesta es, en esencia, una fiesta juvenil y masculina, aunque algún año han participado mujeres.

Asombran al forastero los tres metros de altura y treinta kilos de peso de este enorme muñeco de paja y la facilidad con que un mozo lo baila sin cesar durante la fiesta, apoyando el

trasero del gigante sobre su cabeza y agarrándolo por los muslos o sujetándolo por los talones. Pese a lo que se ha dicho, el *Miel Otxin* suele estar terminado unos días antes de Carnaval.



Proceso de construcción del "Miel Otxin"

Proceso de construcción del "Miel Otxin"

Así tenemos que tanto los disfraces como el *Miel Otxin* deben estar preparados para la noche del domingo. El lunes de Carnaval por la mañana, un grupo de hombres vuelve al desván donde está el gigante para vestir a sus compañeros.

Un mozo mete sus piernas en sendos sacos atiborrados de heno, de helecho seco. Por si esto no bastase para inmovilizarlo, una vez que se llenan los calzones, repiten la operación con los sacos que le cubren el torso y la cabeza. Adquiere así una fisonomía a modo de bola monstruosa que se mueve con lentitud y dificultad. A la pobre máscara la tienen que bajar de la posada en hombros y, ya en la calle, le proveen de un palo largo, de una leña en la que apoyarse para poder andar. Lleva la cara enmascarada y un trapo le ciñe la cabeza dándole aspecto de mujer. Este disfraz es el más penoso y aún lo era más cuando las calles estaban sin asfaltar y el barro aumentaba considerablemente su peso.

Otro joven, caracterizado por su agilidad y brío, se coloca en la cintura un armazón de madera, tosco, sólido y primitivo, que simula a un caballo. De su parte anterior sobresale, sujeta a un corto vástago, una tabla en forma de U mayúscula que representa, de manera ruda y estilizada, la cabeza del caballito. De la tabla trasera cuelga una cola de caballo auténtica.

Este armazón, que el mozo agarra con las manos y que sujeta bajo sus hombros por medio de dos cuerdas que le cruzan el pecho, va cubierto por una especie de casulla de saco o

lona que deja ver la cabeza y cola del supuesto animal. Para imitar a este, el joven ha de poseer la velocidad y agilidad de la que carece el otro y su disfraz ha de ser ligero.



Ziripot

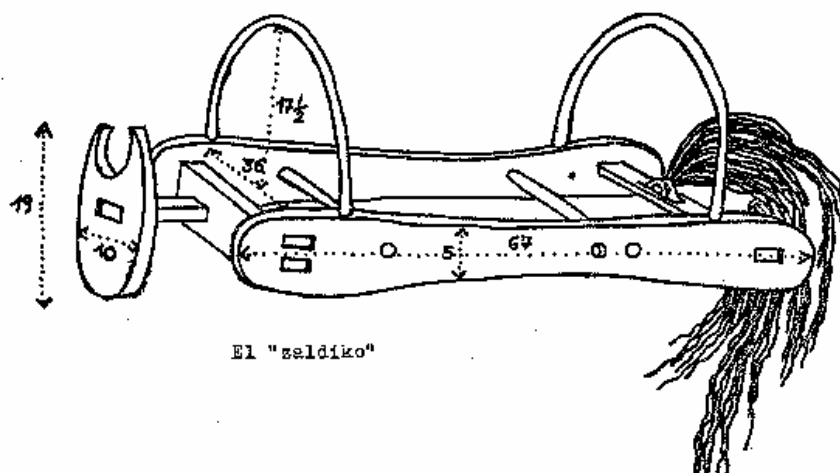
Los demás mozos del pueblo se visten para esta fiesta con disfraces extravagantes, ridículos, astrosos y harapientos. En lugar de máscaras –de las que a veces se ha abusado-- llevan pedazos de saco, colcha o cortina que permitan la visibilidad. Las cuadradas, pajares y bordas de la localidad sirven de improvisadas “boutiques” de las que, una vez preparados, se dirigen en pequeños grupos a la posada para acompañar a las máscaras más señaladas y al gigante.

Así, a las doce del mediodía parte de la posada la pintoresca comitiva. Encabezan ésta los mozos disfrazados y armados con escobas, provocando a su paso gran estrépito. Son los *txatxos* que impiden a los niños y muchachas jóvenes interponerse en su camino y, si lo hacen, les persiguen enarbolando sus escobas. Los *txatxos* lanzan agrios chillidos, “*irrintzis*” bárbaros, aullidos y ayes penetrantes y agudos. Parecen un ejército de locos, una tribu salvaje en marcha hacia el festín o un escuadrón de brujos dirigiéndose al “*akelarre*”.

Entre la masa abigarrada y movediza de las máscaras, entre el barullo de sacos y pellejos, palos y escobas, va también la figura hinchada, gorda y horrenda llamada *Ziripot*, palabra vasca con la que se designaba a la persona que andaba de mala manera, rodando, tambaleante más en lo físico que en lo moral. Rodean al *Ziripot* algunos *txatxos* encargados de protegerle y de alzarle del suelo cuando cae víctima de las acometidas del caballito. Se llama éste *Zaldiko*, (“*zaldia*” es en euskera “caballo”) y va brincando y saltando, dando gritos, hecho una fiera, siempre acosado y perseguido por las máscaras, que le golpean con sus escobas y tratan de alejarlo del *Ziripot*.

Pero el *Zaldiko* a todos atropella y embiste y, apenas halla un hueco por donde colarse, se acerca al *Ziripot*, le da un testarazo con la parte del aparejo y lo derriba en tierra. El público

y los txatxos celebran mucho las caídas del Ziripot quien, a su vez, procura exagerar la violencia del golpe, tumbándose de espaldas sin doblar el tronco y lanzando la aire sus ridículas piernas.



Armazón del Zaldiko

Con todos ellos –txatxos, Ziripot y Zaldiko— va el gigante Miel Otxin y, tras él, los txistularis. Las máscaras bailan su primer zortziko nada más salir de la posada –ostatu— y acto seguido se encaminan por la calle Santa Cruz en dirección a la iglesia. Pero he aquí que, cuando llegan a la casa llamada Arotzanea (“casa del herrero”, en euskera), casa donde jamás existió fragua, les están esperando cinco sombrías máscaras de aspecto terrorífico que se hallan pertrechadas con herramientas y útiles de herrero: un yunque, un martillo, unas tenazas, un caldero con fuego y unas herraduras. Estas máscaras se hallan cubiertas de sacos y arpilleras, con cedazos y otros extraños artefactos. La comitiva marcha lentamente y es ahora cuando el Carnaval adquiere gran dramatismo. Las horrendas máscaras se proponen herrar al Zaldiko, a lo cual este se resiste galopando agitadamente. Pero perseguido por los txatxos, éstos consiguen atraparlo y, en medio de grandes relinchos, el caballito es herrado.

Prosigue la comitiva su camino entre los alaridos e irrintzis con los que los txatxos celebran la persecución del Zaldiko y las continuas caídas del Ziripot.

Poco antes de llegar a la iglesia, la comitiva ha torcido hacia la izquierda iniciando el regreso por un camino de trazado irregular que es la calle San José. Pasa por el frontón y hace una pausa al llegar a una explanada frente a la casa llamada Pertijena donde descansan y beben las máscaras. El gigante, mientras tanto, queda quieto sujetado a la tapia.

El descanso ha terminado. La comitiva se enfila a la entrada de la calle Santa Cruz opuesta a aquella por la que salió. Al llegar enfrente de la hermosa casa llamada Garaikoetxea se encuentran otra vez las horrendas máscaras de Arotzanea, las cuales, cumpliendo el mismo cometido que en aquella, vuelven a herrar al Zaldiko.

Las máscaras se encaminan al punto de partida bailando al Miel Otxin al son de una tocata especial, haciendo rodar al Ziripot e incordiando y hostilizando al Zaldiko que sigue dando furiosas embestidas, relinchando y galopando desenfrenadamente.



Txatxoak

Se ha llegado a la posada donde nuevamente el gigante Miel Otxin queda custodiado. Se desviste al grotesco Ziripot y se disuelven los enmascarados para poder comer y atender los trabajos cotidianos. De todas formas, siempre queda alguna máscara que aisladamente se dedica a perseguir a chicos y muchachas con sus escobas dando grandes carreras o al acecho.

El resto del lunes de Carnaval se consume entre el trabajo, la gran cena para los txatxos, músicos y otras máscaras y el baile al son del acordeón.

Como bien se ha podido apreciar, el itinerario del lunes constituye una especie de circunvalación de Lantz, sin perder como punto central la posada. Los dos momentos de herrar al Zaldiko se fijan en casas extremas de la calle Santa Cruz y el descanso en una campa casi fuera del recinto. Todo esto no es, sin duda, fortuito. Es un elemento de gran importancia para llegar a comprender el alcance social del carnaval de Lantz.

El martes de Carnaval comienza idénticamente, llevándose a cabo la misma marcha, con el mismo itinerario y con los mismos episodios. Habrá que esperar a la tarde para ver novedades.

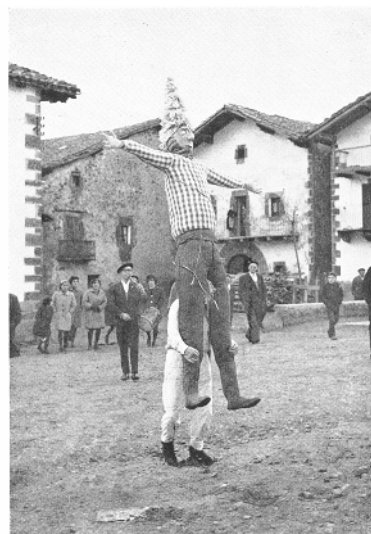
Salen los txatxos acompañados del Miel Otxin, pues esta vez faltan las dos máscaras protagonistas; el Zaldiko y el Ziripot. La comparsa recorre el pueblo y termina su marcha en la plaza, junto al frontón. También en Lantz, como en otros pueblos vascos, el juego de la pelota ha decaído y en los tiempos en que se jugaba “al largo” con guante de cuero, se colocaba al Miel Otxin sujeto en el botillo y allí se le juzgaba.

Antiguamente también marchaban detrás de la comparsa dos mozos disfrazados de damas con trajes blancos. Iban muy serios, respetados de todos los txatxos y leyendo cada cual en su libro. Por su ademán adolecido y silencioso, representaban ser familiares del gigante acompañándole al suplicio. Estas damas, al llegar a la plaza, hacían espavientos de dolor. Una máscara con un libro en las manos fingía leerle la sentencia acusándole mientras otros asentían. Otra máscara vestida con un capote de los que llevaban los alcaldes y concejales antiguamente, simulaba confesarle.

Todo esto se consideró una irreverencia bastante antes de la Guerra Civil, por lo que se suprimió del Carnaval y así el episodio del juicio se simplificó.



Txerreroak



Miel Otxin

Las máscaras se agolpan alrededor del gigante, apaleándolo con sus escobas, a la vez que avanzan lentamente hacia el frontón. En éste momento y de repente una máscara dispara dos tiros bien de pólvora, bien al aire, que se supone alcanzan a Miel Otxin, que cae pesadamente sobre la cancha. Acto seguido y entorno a él, se organiza un gran tumulto, en donde los txatxos, dando grandes alaridos y gritos, lo despedazan y los montones de heno, la horca y el traje arden rápidamente. La tropa de máscaras y hombres del pueblo bailan un precioso zortziko ante las llamas destructoras del gigante, oyéndose alaridos terribles, estridentes, irrintzis salvajes. Esta danza entra, en realidad, en el ciclo de la “mutil dantza” baztanesa o el “ingurutzxo” de los valles occidentales de la Navarra atlántica.

Ante el trágico fin del gigante, ahora convertido en humo y cenizas, varios txatxos llo-ran su muerte.

Este es en líneas generales el desarrollo del Carnaval de Lantz. Pero éste no es algo estático, invariable. Hemos visto como hay episodios que se suprimen. La imaginación es creadora. Dos pueblos inmediatos imprimen una dinámica distinta a sus diversiones. Incluso en un mismo pueblo, cada año tiene su pequeña o gran novedad: es lo que mantiene el interés. Una fiesta muere cuando muere la imaginación de sus protagonistas. Así, no debe extrañar al visitante algunas variantes en el modo de celebrar la farsa. Por ejemplo, el Ziripot puede participar en la comitiva ejecutora del gigantón, sin que el Carnaval pierda por ello su esencia.

V. IHAUTERIAN ADIERAZPENA

INTERPRETACIÓN DEL CARNAVAL

Nuestro pueblo, que por impertinente vocación ha sido siempre muy dado al escarceo de la etimología, se pregunta con frecuencia cuál es el origen de determinadas manifestaciones folklóricas. Existe, además, cierta predisposición a relacionar todo lo vasco con estratos necesariamente primitivos o arcaicos de la Humanidad.

El Carnaval no iba a constituir una excepción. Se le ha querido buscar un origen reduciéndolo al esquema de determinadas fiestas clásicas del mundo pagano. Encaja para otros en la orgía dionisiaca y hay quien lo relaciona con el barco de Isis... Sin embargo, las teorías clásicas se encuentran en un periodo de seria revisión.

Para Julio Caro Baroja, los carnavales bien pudieran tener su origen tras la difusión de la idea de que en el año existe un periodo de “carnalidad” frente a otro de “espiritualidad” representado por la Cuaresma. Se fijan así antes de ese periodo las fechas del “carnavelamen”, del “carnis privium” o de las “carnes tollendas”.

Hay quien ha criticado los desórdenes morales del Carnaval, pero no queda más remedio que reconocer que éste ha existido al menos desde las remotas y oscuras fechas de la Edad Media “en función de la Cuaresma”. El orden ascético de una viene tras el orgiástico del otro, en un intento de purificarse de los malos hábitos anteriores antes de que empiecen los ayunos, abstinencias, oraciones y vigilias cuaresmales. En éste contexto se inscribía la lucha de “Don Carnal” y “Doña Cuaresma”.

Por consiguiente, el juicio, condena y muerte del Carnaval tendría un carácter y significación, ya que no aceptados dentro de la ortodoxia, sí simbólicamente religiosos y apoyados en la fe del pueblo, en el cristianismo popular. Sería lo que podríamos llamar un rito pagano “cristianizado”.

Centrándonos en el tema que nos ocupa, diremos que los vecinos de Lantz creen que Miel Otxin representa a un bandolero que tuvo aterrorizada a la región y que con su juicio y muerte se figura la ejecución de aquél. Sin estar del todo equivocados, es obvio que esta interpretación no es suficiente para explicar el complejo Carnaval de Lantz. Aquí, creo yo, cabría hablar no de un origen común sino de orígenes diferentes para sus componentes, que sin duda han perdido su significación primitiva.

Coinciden los científicos en que en la farsa de Lantz se aúnan dos representaciones de distinta significación: la del gigante y la del caballito.

Abordaremos en primer lugar el gigante Miel Otxin. La costumbre de quemar gigantes de paja durante el Carnaval es común a muchos pueblos de la Europa Occidental y aparece muy repetida en el folklore vasco (2).

Resurrección Maria de Azkue, en su obra “Euskalerrriaren Yakintza”, dice que “*en Ultzama (alude sin duda a Lantz) los días segundo y tercero de Carnaval sacaban por las calles a un hombrachón envuelto en un saco de paja y junto a él un hombrecillo. Al gigante –añade– lo llaman Ziripot y al enano Xaldiko (caballito)*”.

Hay en esto doble confusión. Lanz, como hemos visto, no es Ultzama y, por otro lado, una cosa es el gigante de paja y otra el Ziripot de pesadas piernas víctima de las coces del Xaldiko. El mismo Azkue dice que en Uztarroz (Roncal) el gigante se llamaba “Aitardi-Txarko” y lo colgaban de la calle por medio de una cuerda sujeta a dos ventanas.

Esta costumbre de sacar pellejos y gigantes de paja en los días de Carnaval parece ligada al rito vasco del Zapanzar (del francés “Saint Pansard”, San Panzudo). En muchos pueblos a este muñeco lo arrastran por las calles y terminan o ahogándole en el río o dándole fuego y arrojándole al agua cuando está ardiendo.

Para los eruditos del folklore estos ritos, adscritos hoy a una festividad popular y desprovistos de su significación primigenia, eran ritos de expulsión del mal, representado por una persona, por un pellejo, por un muñeco de paja, etc.

Ignacio Baleztena, en su folleto “Los gigantes de Pamplona”, relata cómo

“en las fiestas de coronación de Juan de Labrit, los agramonteses sacaron por las calles de Pamplona, para regocijo y esperanza del pueblo, tres siniestros gigantes representando al Hambre, la Peste y la Guerra, los cuales, después de ser bailados por la ciudad al son de chirimías, psalterios y chirolas, fueron quemados en el prado de los Predicadores, mientras el pueblo les arrojaba piedras e inmundicias.

Querían dar a entender con esto que con el nuevo rey desaparecerían de la pobre Navarra las calamidades que de tantos años atrás la afligían”.

Sería interesante averiguar la significación primitiva de estos gigantes de paja, de estos muñecos panzudos del País Vasco, conocidos con el nombre genérico de Zapanzares y gigantes de Carnaval, sustituidos posteriormente por la representación de un personaje aborrecible (Judas, Chalapangarras, Markitos, etc.).

Miel Otxin, el gigante navarro, es hermano de todas esas representaciones. Estamos ante una víctima expiatoria o un emisario de los males de la comunidad. Es el símbolo de los vicios, del MAL, que en este caso se ha centrado en el recuerdo de un viejo salteador de caminos. Hemos visto que Lantz es un pueblo de paso, de calzada, en el que la arriería ha tenido gran importancia. También hemos visto que a lo largo de la Historia el bandolerismo ha sido una de sus plagas (guardianos, Miel Otxin, Txitxos, Cura de Eltso, etc). Es lógico, pues, que en Lantz se considerase al bandidaje como el máximo exponente del mal, una plaga que había que “expulsar” por medio del Miel Otxin (= chivo expiatorio) que no representa en mi opinión un facineroso en concreto, sino al fenómeno en general.

Respecto al nombre, algunos creen que Miel es lo mismo que “Miguel”. Son pocos los que lo identifican con “mil” (Miel = mil) para relacionarlo con “otxin”, nombre de una antigua moneda. Esta discusión se enzarza en la misma interpretación del gigante.

Nos queda por adivinar qué papel tienen en el drama el Zaldiko y el Ziripot como figuras enigmáticas y sin explicación, pues se nos salen de la interpretación local (Miel Otxín = antiguo bandolero) y de la cristiano-medieval (Miel Otxín = carnaval = representación de la carnalidad y sus vicios).

Por lo que hace al Zaldiko de Lantz, esta intervención en una pantomima carnavalesca de un hombre disfrazado de caballo es del más alto interés folklórico. El Zaldiko de Lantz es un caso único en la Península.

En las mascaradas de Zuberoa (País Vasco-francés), donde intervienen numerosos personajes, hay uno de ellos llamado *Zamalzain*, del mismo origen y significación que el caballito de Lantz. El *Zamalzain* de Zuberoa es un personaje que lleva sujeto a la cintura un armazón de madera semicilíndrico representando un caballo. La cabeza del caballo es muy pequeña y las piernas del hombre están medio ocultas bajo la gualdrapa de puntillas blancas que penden del citado armazón. El hombre cubre su cabeza con una alta corona adornada con flores, plumas, cintas y pequeños espejos.

Este *Zamalzain* danza, corretea continuamente y se evade de la persecución de que es objeto por parte de otros personajes de la farsa. Durante una de las pantominas rituales, una tropa de castradores llamados *kherestuak* trata de cogerlo por sorpresa. Por fin, le tienden una trampa y lo capturan. Entonces los herradores simulan y fingen ejecutar su oficio de manera simbólica, arrojando al final dos corchos que la tropa de negros hace ademán de devorar. El *Zamalzain*, después de herrado y castrado, vuelve a bailar y correr, perseguido siempre por las máscaras.



Zamalzain de Zuberoa

El Zamalzain es un bailarín emperifollado y elegante. El Zaldiko de Lantz, por el contrario, es lo que debe ser según el viejo mito: un caballo salvaje, y el mozo que lo encarna procura ejecutar este papel de la manera más violenta y realista. Sus gritos son como relinchos; corre, salta, atropella y embiste, siempre perseguido, siempre retador. Parece un dios iracundo, un centauro furioso. Tanto se mueve y tanto corre y salta que acaba su actuación rendido, sudoroso y jadeante.

La representación de un hombre disfrazado de caballo es secular y universal. Violet Alford, refiriéndose a esto en un trabajo publicado en la Revista de Estudios Vascos (1931), dice que *“en Lanz, los últimos días de Carnaval, un hombre-caballo, el ‘zaldizko’, se pasea entre unos treinta dantzaris disfrazados, de un hombre vestido de mujer (alude al Ziripot) y de un compañero que lleva una escoba. Al caballo lo hierran y el martes de Carnaval termina su paseo de una manera trágica, pues lo matan de un tiro”*.

La distinguida autora inglesa, que saca de la muerte del caballo de Lantz consecuencias muy interesantes, está mal informada. En Lantz, como hemos visto, no matan al Zaldiko sino al gigante.

Según Alford, el Zamalzain de Zuberoa y el Zaldiko de Lantz, descendientes de un antiquísimo animal-dios, pueden tener un doble significado: el de un viejo dios, personaje esencia y principal de un rito, y el de una representación del Espíritu de la Abundancia dentro del universal rito de la primavera.

“Parece natural –dice– que un Espíritu de la Abundancia tomase forma de caballo en un país ganadero como lo es Navarra y Bearne. Es natural que los siglos hayan añadido detalles (el herraje, la castración) que no pertenecían a las primeras representaciones y que deriven de la domesticación del caballo”.

En el Archivo Municipal de Pamplona, en una copia del famoso Privilegio de la Unión (siglo XV) aparece dibujado al margen de una de las hojas un curiosísimo Zaldiko tocando la zampoña. Hay otro en los bajorrelieves de la Capilla de San Francisco Javier (Catedral de Pamplona).



En cuanto a los zaldikos o “saldikos” que acompañan a los gigantes y cabezudos, no hay que confundirlos con los que toman parte en mascaradas o farsas ligadas al Carnaval y el Rito de la Primavera. Es muy probable que tengan un mismo origen, pero han perdido su significación primigenia para pasar a ser un motivo decorativo y de entretenimiento popular.

Los zaldikos aparecen en 1598 acompañando a San Fermín. Para 1648 están documentados en el Archivo Municipal de Pamplona. En 1655 los vemos en Azpeitia (Guipúzcoa) en los festejos celebrados en honor de San Ignacio de Loiola. Al caballito se le da oficialmente el nombre de “saldiko” en 1755.

Respecto al personaje panzudo y caricatural llamado Ziripot sólo podemos afirmar la significación de la palabra que dimos anteriormente. Ziripot y Zaldiko hacen pareja, contrastando el brío, la acción violenta dominada por los herradores de éste con la flojedad, pasividad, falta de brío de aquél. ¿Se tratará de un Zanpanzar viviente, de una derivación burlesca y realista de los viejos muñecos panzudos que en muchos pueblos del País Vasco sacan a relucir en Carnaval? ¿será una especie de Don Carnal? ¿o un personaje femenino?.

VI. ONDORIOA**CONCLUSIÓN**

La villa de Lantz, con su vieja población de francos, con su calle de Santa Cruz, con su Ayuntamiento y posada, sus viejas casas solares, es teatro de una fiesta típica y propiamente europea. El carnaval navarro tiene en Lantz la representación más conocida, en la parodia de Miel Otxin, el gigantesco genio del mal de la mitología vasca. Aquí hemos visto el contexto en que se enmarca, su desarrollo, y se ha tratado de interpretar su significado. Que Miel Otxin el carnaval en sí mismo no puede negarse. Respecto al Ziripot y el Zaldiko, su simbolismo anímico puede y debe ser viejísimo y con sentidos múltiples.

Más se podría entresacar, suponer o tratar de adivinar sobre el significado del CARNAVAL DE LANZ, más no es cuestión de galopar –como el Zaldiko mismo- por terrenos misteriosos y en los que no hay apenas luces.

BIBLIOGRAFÍA

CARO BAROJA, Julio (1965), "Folklore experimental: El Carnaval de Lanz (1964)". Revista *Príncipe de Viana*, núm. 98-00 (1965), páginas 5-22. Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1965.

IRIBARREN, José María (1942), "Bandidos y Salteadores". Revista *Príncipe de Viana*, núm. 9 (1942), páginas 465-478. Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1942.

MEQUIRIZ DE CATALÁN, María Ángeles (1974), "Notas para el conocimiento de la minería romana en Navarra". Revista *Príncipe de Viana*, núm. 134-135, páginas 59-68. Pamplona, Diputación Foral de Navarra, 1974.